

facciones, entrando hoy bajo el dominio de los califas, mañana bajo el de un walí rebelde, al otro día bajo el de hijos ambiciosos que se atrevían á disputar la corona á sus mismos padres, al otro por fin bajo el de un temido africano que, ya levantaba sobre su escudo á un califa, ya le derribaba del trono con el hierro de su lanza. Entre los muchos musulmanes que se levantaron contra Córdoba en el espacio de cuatro siglos, apenas hubo uno que no llevase sobre ella sus armas. Combatiéronla á su vez los partidarios del terrible Hafsún que parecían retoñar siempre de los mismos campos de batalla; las huestes de Abdalá, que irritado por las victorias de Suar, pasó en persona á conquistar sus muros; las desbandadas tropas de el-Somor, que dueño de las Alpujarras, caía como un torrente sobre la llanura y arrollaba las banderas de cadíes y walíes; los escuadrones de Hhayrán, que pretendió restablecer en el solio de Córdoba la alcurnia de los Omyades. Invadida la monarquía árabe por la ambición y las funestas rivalidades de los que debían sostenerla, no dejó aún de figurar Jaén entre las demás ciudades: continuó siendo el objeto de la codicia de unos y otros reyes, y pasando de una en otra mano. Pretendióla el rey de Toledo y se la disputó á punta de espada el de Sevilla, que logró añadirla al fin á su corona. Á la tercera entrada de los almoravides en España, cayó bajo el poder de Baty; fué conquistada luégo por los almohades; sirvió de refugio á Mumeyn-el-Nasr después de la batalla de las Navas, y tuvo que entregarse por fin vencida y ensangrentada á El-Ahmar, que la tomó por asalto y salió de ella para conquistar el que fué después reino de Granada.

No eran sólo los árabes los que la codiciaban; ya á mediados del siglo XII se cree que hicieron grandes esfuerzos por conquistarla las armas de Castilla, que á principios del siglo XIII volvieron á dirigirse contra ella, y durante largos años, ya que no pudieron vencerla, pasaron á talar á menudo sus campiñas causándoles quebrantos que sólo podían reparar los reyes granadinos. Después de las calamidades que la habían afligido, era

aún tan fuerte y poderosa Jaén, que se hacía difícil ganarla á fuerza de armas. Son ya sabidos los esfuerzos que hizo San Fernando para unirla á su reino; por tres veces debió presentarse ante sus muros, y después de largo y penoso sitio, no pudo al fin alcanzar su entrega sino por medio de la capitulación de El-Ahmar, á quien vimos ya entrar en la tienda del rey para declararse su vasallo.

La importancia de esta ciudad durante la dominación de los árabes era grande, pero lo era mucho más á su caída. Córdoba, la antigua capital del reino árabe, había ya sucumbido; Baeza y Úbeda, las dos principales ciudades del Norte de Andalucía, tenían ya enarbolados en las almenas de sus torres los pendones castellanos. Jaén estaba en las fronteras del nuevo reino de Granada, y al paso que era el baluarte de los árabes, era la única puerta de hierro que cerraba el paso á los victoriosos soldados del Rey Santo. Tenía, según los mismos cristianos, mucha población, muchos medios de defensa; era una ciudad á la que no se podía reducir sino como se la redujo, á fuerza de hambre. Y ¡no tiene, sin embargo, memorias de esa larga dominación árabe! ¿Cómo habrán podido desaparecer así hasta los restos de los monumentos que la legaron esos cultos hijos del Profeta? Debieron contribuir en parte á esta destrucción los primeros cristianos que la sujetaron, contribuiría más tarde el viciado gusto artístico de nuestros reyes, contribuirían además los asaltos é invasiones repentinas que posteriormente la asolaron. Se sabe ya que el mismo San Fernando mandó levantar sobre las ruinas de la mezquita mayor el primer templo cristiano; que un siglo después D. Juan I cedió el palacio de los reyes moros que poseía á la Orden de Predicadores para que esta construyera sobre él el convento de Santo Domingo. Con hechos de esta naturaleza, con las guerras que siguieron, con la ignorancia y el vandalismo con que se han derribado después, y hoy más que nunca, las más atrevidas producciones del arte, ¿puede parecer extraño que en esta y en otras ciudades no lle-

guemos á reconocer siquiera el sepulcro de los pueblos que en otros tiempos los dominaron y los llenaron de su gloria y sus recuerdos? Suenan aún en nuestros oídos los golpes del pico y del azadón con que acaban de destruir esa hermosa puerta de Granada, de cuyo arrogante arco ultrasemicircular no queda ya sino el arranque que está cubriendo el musgo.

Reconquistada Jaén, no aumentó menos su prosperidad que bajo la servidumbre de los árabes. San Fernando construyó en ella el alcázar, un palacio que un siglo después cedió Pedro el Cruel á los claustrales de San Francisco, una iglesia y un convento para las religiosas de Santa Clara; y conociendo su mayor importancia, trasladó á su recinto la silla episcopal que él mismo acababa de restaurar en la ciudad de Baeza. Dejóla bien defendida y guarnecida; y haciéndola él y sus sucesores centro de operaciones para todas las guerras que intentaron contra los reyes de Granada, le comunicó aún mayor animación y vida de la que en otros tiempos tuvo. Vió desde entonces Jaén pasar junto á sus muros ejércitos crecidos que iban y venían de batallas y asaltos sangrientos; alojó á príncipes y reyes, que impacientes por llevar á cabo la unidad de la monarquía, no podían dejar quieta en el cinto su formidable espada; fué el baluarte de generales esclarecidos que en tiempos aciagos para las armas de Castilla, pasaron á arrostrar en ella todo el poder de los monarcas granadinos. Así por su posición como por su riqueza, excitaba los celos y la codicia de sus enemigos y vióse en graves peligros; mas pudo casi siempre rechazar de sí las huestes más terribles y perseguirlas hasta más allá de las fronteras. Fué sitiada y combatida por los moros en 1301, y no pudo evitar que éstos asolasen sus cercanías en 1319; pero sólo en 1368, cuando estaban aliadas las banderas de Pedro el Cruel con las del rey de Granada, tuvo que humillar la cabeza ante este príncipe, que la saqueó, cebó en ella su encono y restableció la autoridad de su aliado. En el siglo xv fueron aún mucho mayores los sitios y asaltos que hubo de sufrir de los

moros; en 1407 vió contra sí ochenta mil infantes y seis mil caballos; en 1449, cuando desgarraban el interior de Castilla las guerras civiles, tuvo ya al enemigo dentro de los arrabales; mas no sólo salió vencedora, sino que, no contenta con haber superado tan grandes obstáculos, abrió la guerra á Granada bajo las órdenes del desgraciado García Manrique, que por seguir alanceando á un escuadrón enemigo, cayó en una celada y quedó en poder de moros hasta que se le rescató con el oro y la paz concedida por los reyes de Castilla (1).

(1) Según muchas crónicas y romances caballerescos vióse aún amenazada de moros Jaén á fines del siglo xv. Reduán, leemos en unos y otras, prometió un día á Boabdil ganar esta ciudad; y éste llegó momento en que le exigió el cumplimiento de su palabra. Orgullosa Reduán, no vaciló en pasar á la conquista de Jaén por más que consideró tan difícil la empresa como imprudente su ofrecimiento; pero pagó cara y muy cara su osadía. Sabedora la ciudad de tan loco atrevimiento, se preparó; y no sólo deshizo á los moros, sino que logró también la muerte de tan esclarecido caudillo. Son tan bellos los romances que tratan de este hecho, que no podemos menos de copiarlos:

«Reduan, bien te acuerdas
Que me diste la palabra
Que me darías á Jaén
En una noche ganada.
Reduan, si tú lo cumples,
Daréte paga doblada;
Y si tú no lo cumplieres,
Desterrarte he de Granada:
Echarte he en una frontera
Donde no goces tu dama.»
Reduan le respondiera
Sin demudarse la cara:
«Si lo dije, no me acuerdo;
Mas cumpliré mi palabra.»
Reduan pide mil hombres:
El Rey cinco mil le daba.
Por esa Puerta de Elvira
Sale muy gran cabalgada.
¡Cuánto del hidalgo moro!
¡Cuánto de la yegua baya!
¡Cuánta de la lanza en puño!
¡Cuánta de la adarga blanca!
¡Cuánta de marlota verde!
¡Cuánta aljuba de escarlata!
¡Cuánta pluma y gentileza!
¡Cuánto capellar de grana!
¡Cuánto bayo borcegui!
¡Cuánto raso que se esmalta!

¡Cuánto de espuela de oro!
¡Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
Y esperta para batalla.
En medio de todos ellos
Va el Rey Chico de Granada,
Mirando las damas moras
De las torres del Alhambra.
La Reina mora, su madre,
Desta manera le habla:
«¡Alá te guarde, mi hijo!
¡Mahoma vaya en tu guarda!
Y te vuelva de Jaén
Libre, sano y con ventaja,
Y te dé paz con tu tío,
Señor de Guadix y Baza.»
(GINÉS PÉREZ DE HITA, *Guerras Civiles de Granada.*)

De lejos mira á Jaén,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
Y en todas parte la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,

Tuvo por otra parte Jaén la suerte de no salir nunca de las manos de los príncipes; suerte poco común en la Edad media, en que hasta las ciudades principales eran vendidas ó donadas á título de merced á los caballeros que más se distinguían por

De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,
Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro
Á la bella ciudad habla:
«¡Ay, Jaen, cuánto me cuesta
No haberte tenido en nada.
Y ser mas largo de lengua
Que de ventura y de lanza!
Pues dí con loca osadía
Á mi Rey la fé y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta.
Hallo ahora mi persona
Á lo imposible obligada,
Pues es mas cierto el perderme,
Que darte á mi Rey ganada:
De do vengo á conocer
Ser verdad averiguada:
Quien presto se determina
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi muerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen
O he de salir de Granada;
Y es lo que mas me lastima
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.»
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro della estaban;
Y que en pérdida tan cierta
O en tan dudosa ganancia,
La mas segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

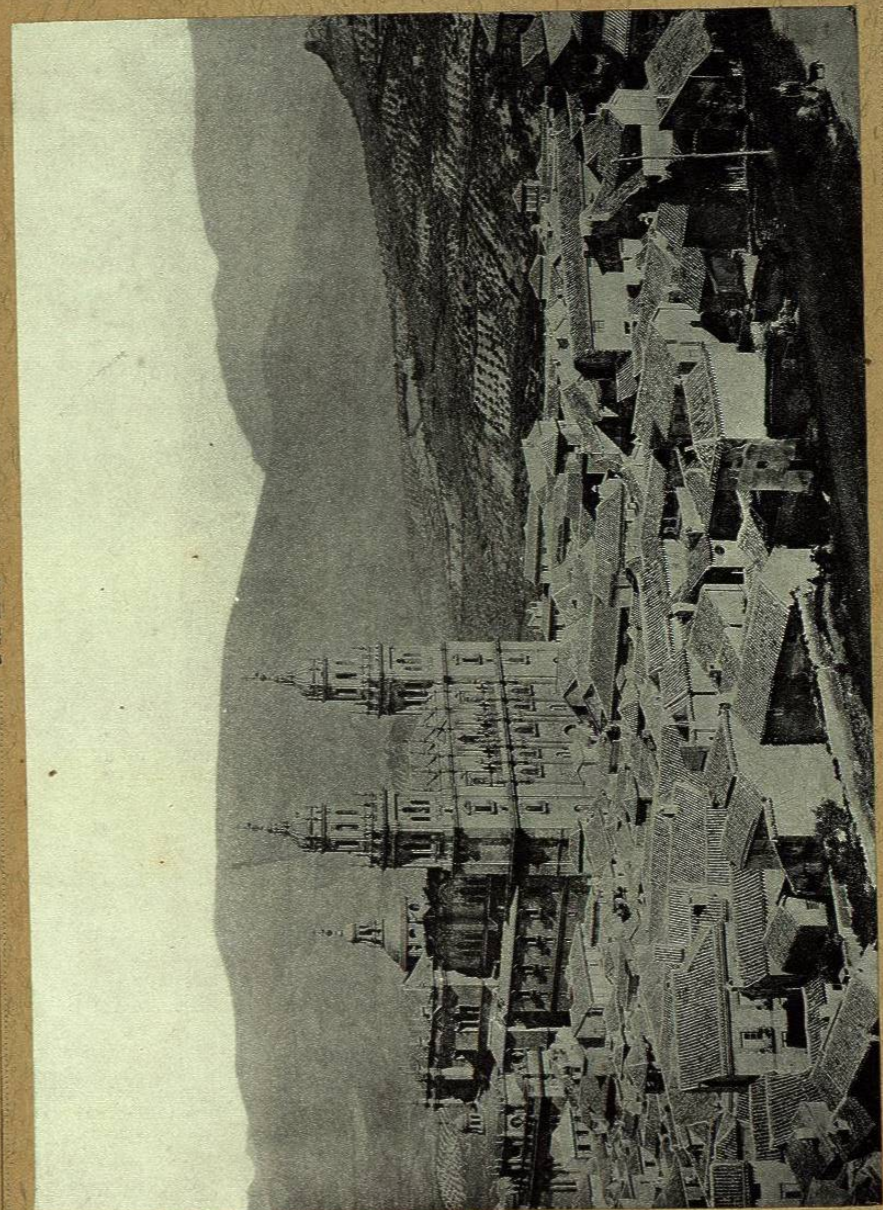
(Romancero del Sr. Durand, tomo 1.º
Col. de Aut. Esp.)

Muy revuelto anda Jaen,
Rebato tocan apriesa,
Porque moros de Granada
Les van corriendo la tierra.
Les van corriendo la tierra.
Cuatrocientos hijos-dalgo
Se salen á la pelea;
Otros tantos han salido
de Ubeda y de Baeza.
De Cazorla y de Quesada
Tambien salen dos banderas;
Todos son hidalgos de honra
Y enamorados de verás.
Todos van juramentados
De manos de sus doncellas
De no volver á Jaen
Sin dar moro por empresa;
Y el que linda dama tiene
Cuatro le promete en cuenta.
Á la Guardia han llegado
Adonde el rebato suena,
Y junto del Rio Frio
Gran batalla se comienza;
Mas los moros eran muchos
Y hacen grande resistencia,
Porque los Abencerrages
Llevaban la delantera;
Con ellos los Alabeces,
Gente muy brava y muy fiera.
Mas los valientes cristianos
Furiosamente pelcan,
De modo que ya los moros
Valientemente se alejan:
Mas llevaron cabalgada
Que vale mucha moneda:
Con gloria quedó Jaen
De la pasada pelea.

(GINÉS PÉREZ DE HITA.) Dudamos
mucho que este romance se refiera á
Reduán como pretende el autor citado;
el verdadero romance de Reduán es el
siguiente:

Resuelto ya Reduan
De hacer su palabra buena,

J A E N



Vista general

sus hechos de armas. D. Juan I la reservaba para sí, cuando abrigó el proyecto de abdicar á favor de su hijo; y si D. Juan II pensó en enajenarla, sólo fué para darla á D. Enrique, hijo suyo y heredero de su corona. Poseyóla, además, en 1507 el infante D. Juan Manuel, pero no tardó en mandar el Rey católico que la entregase á su alcaide. Siguió así Jaén, desde su reconquista hasta la época de su restauración, próspera, floreciente y sin más desgracias que su momentáneo vencimiento en 1368 y el bárbaro degüello que en 1473 se hizo de los judíos que en ella residían, á pesar de los esfuerzos del condestable Iranzu, que por querer salvar á estos infelices israelitas, cayó en un templo bajo el puñal de varios conjurados.

Fué mucha entonces su prosperidad; y, sin embargo, salvo el

Arremete hácia Jaen
Una mañana serena
Al son de una clara trompa
Que por el aire resuena.
Con ruido semejante
Al cielo cuando atruena,
Sobre un ligero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta
De una lanza como entena;
Sin aguardar á su gente
Que de seguille está agena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melena
Tener presa la fortuna
Que al fin cumple lo que ordena,
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena
Que dió muerte á Reduan
Y á Jaen sacó de pena;
Y mientras del cuerpo el alma
Le aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable
Tendido en la seca arena:

«Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, mas no entre cristianos,
Sino en parte de tus manos

Me hicieran la mortaja:
Que cosa es muy conocida
Que si desta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.
Y no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar
Por á Jaen no ganar,
Sino por solo perderte:
Y aun temo que el que en rehenes
Te tiene, habrá de gozarte,
Y estimará mas ganarte
Que ganar dos mil Jaenes.
Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego
Que esté mas fuerte á su ruego
Que para mí fué Jaen;
Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Eliseos
Te aguardo, mi Lindaraja.»

(Róm. del Sr. Durand.) El romance anterior es á nuestro modo de ver histórico; éste puramente novelesco. Á no engañarnos, se refiere aquel á otro ataque de Jaén en que Baeza y Úbeda ayudaron la ciudad amenazada, es decir, al ataque de 1407.



BIBLIOTECA



BIBLIOTECA

castillo que recuerda á San Fernando, ¿qué templo, qué edificio público proyecta ya ni á los ojos de la imaginación las sombras de tantos héroes y reyes como por ella pasaron cubiertos del polvo del combate y coronados de gloria? Asoma en algunos templos la columna en haz, la ojiva, la bóveda por arista; pero aun en esos mismos trazos góticos vemos más bien reflejados los primeros fuegos de la restauración, que los opacos y tétricos resplandores de los siglos medios. Las iglesias de San Juan, de la Magdalena, de San Ildefonso son góticas, pero no llaman las miradas del artista sino por las exageradas curvas de sus fachadas, por las complicadísimas líneas de sus bóvedas, por las toscas labores de sus columnas, que no dejan ya ver sino la decadencia que á fines del siglo xv sufrió el estilo que las caracteriza. San Juan no conserva de lo antiguo en su fachada sino una simple ojiva sobre una puerta moderna; tiene en el interior cuatro pilares cuadrados, sin basa ni capitel, que la dividen en tres naves y sostienen los arcos apuntados en que descansan las bóvedas; y en el presbiterio, separado del cuerpo del templo por seis gradas, apenas presenta nada notable sino la forma octógona de la bóveda y la complicación de sus claves y sus aristas, con las que formó el autor estrellas, quizá con el objeto de imitar en la construcción de su obra la bella techumbre de los cielos. La Magdalena tiene aún menos interés artístico; no presenta en su exterior sino un arco rebajado entre dos agujas de crestería, y en el interior tres naves divididas por dos pilares, en que sólo vemos dominar la ojiva.

Es indudablemente más digna de atención San Ildefonso. De las tres puertas que abren paso á sus naves, son las dos greco romanas; pero hay aún en la parte posterior una de arco rebajado, donde es curioso ver hasta dónde llevaron los primeros arquitectos de la restauración la extravagancia de las líneas góticas. Arranca de los lados del arco una ojiva, que antes de cerrarse toma la forma de una elipse, y va á formar un florón debajo del alero de la fachada. Campea dentro de esa ridícula

curva la imagen de la Virgen; y apenas cabe concebir cómo un artista pudo inventar para tan noble figura un marco tan extraño y mezquino. Por amor que se sienta á todo lo de la Edad media, se aparta los ojos de tan rara puerta para fijarlos hasta con placer en las greco-romanas, una de las cuales es una bella obra de la época del renacimiento de las artes. Tiene esta un arco semicircular entre dos piras, de las que salen dos figuras que sostienen el entablamento; presenta sobre la cornisa un pequeño cuerpo de orden compuesto, dentro del cual está la Virgen revistiendo á San Ildefonso de las insignias episcopales; deja entrever en el tímpano del frontón que corona el segundo cuerpo la cabeza del Padre Eterno; y ya que no muy delicada en los detalles, produce buen efecto en el ánimo del que sólo considera su conjunto. No la alcanza de mucho en belleza ni en buena distribución la puerta mayor, puerta rectangular,alzada debajo de un entablamento sostenido por cuatro columnas pareadas, sobre el cual se alza un frontón en cuyo vértice está la figura de San Ildefonso.

En el interior podemos apreciar mejor el carácter y el estilo de este templo. Está dividido en tres naves separadas por diez haces de columnas, de las que arrancan las ojivas laterales y centrales. No tiene ni crucero, ni ábside, ni capilla alguna; pequeños altares cubren sus paredes, y sólo el tabernáculo brilla aislado bajo las bóvedas del presbiterio, que está algo más elevado que lo demás del templo. Las columnas, bastante bajas, vienen apoyadas en grandes zócalos, y no llevan por capitel sino una cinta sencillísima; los arcos tienen también pocas molduras. Presentan en cambio mucha complicación las bóvedas, cuyas aristas están distribuídas formando estrellas como en San Juan, pero no con la belleza con que están en tan reducido templo combinadas. ¿Cuál pudo ser la época de su construcción? Todo revela la mano de fines del siglo xv; pero no podemos fijar el año en que fué construída.

Las escasas bellezas monumentales que hay en Jaén es